



Luis Mateo Díez
Los desayunos del
Café Borenes



Luis Mateo Díez

(Villablino, León 1942) es autor de una obra narrativa que lo ha situado en un lugar preeminente en el panorama de las letras contemporáneas. En su fecunda producción cabe citar novelas como *La fuente de la edad* (1986) –con la que obtuvo el premio de la Crítica y el premio Nacional de Narrativa–, *El expediente del naufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), *Fantasma del invierno* (2004) y *La soledad de los perdidos* (2014). Con *La ruina del cielo* fue distinguido de nuevo en el año 2000 con el premio de la Crítica y el Nacional de Narrativa. En *El reino de Celama* (2003) reúne sus tres novelas ambientadas en ese territorio imaginario, y en *El árbol de los cuentos* (2006) recoge lo publicado hasta ese momento de un género narrativo que ha cultivado con asiduidad. El volumen *Fábulas del sentimiento* (2013) recoge las doce novelas cortas de ese ciclo narrativo. En el año 2000 fue elegido miembro de la Real Academia Española y le fue concedido el Premio Castilla y León de las Letras. En este mismo sello ha publicado *La piedra en el corazón* (2006), *El animal piadoso* (2009) y *La cabeza en llamas* (2012), que fue distinguida con el Premio Francisco Umbral al libro del año. Su obra se ha traducido a muchas otras lenguas y ha sido llevada al cine y al teatro.

Luis Mateo Díez nos ofrece en «Los desayunos del Café Borenes» dos textos que se complementan en sus intenciones. El primero, que da título al volumen, es el relato de los encuentros de un novelista con los amigos que acuden a la cita del desayuno en el Café de una de sus «ciudades de sombra», y que divagan y dialogan con desatada locuacidad, sobre lo que la ficción supone en sus vidas.

En el segundo texto, titulado «Un callejón de gente desconocida», Luis Mateo Díez hace un recuento de su pensamiento literario, el aval de una identidad de escritor que podría considerarse como una poética personal, no exenta de una comprensiva pedagogía.

Sin que el juego de espejos entre los dos textos quiera contraponer las ideas y elucubraciones de tantas opiniones apasionadas y discutibles, acaso sea ese mismo juego el que mejor unifiquen la propia idea del libro. Un libro poco complaciente en sus intenciones con mucho de lo que ahora mismo leemos y vivimos, con la degradación que nos rodea y la sensación de que cada día, como dice uno de los desayunadores, son más frecuentes «las novelas que no son novelas escritas por novelistas que no son novelistas para lectores que no leen.» Se trataría, al fin, de un juego entre la lucidez y el desánimo, el humor y la melancolía.

LUIS MATEO DÍEZ

Los desayunos del Café Borenes

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre 2015

© Luis Mateo Díez, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015
Imagen de portada: *Eugenie con vestido azul en Les Deux Magots*,
François Gall. París. c.1980, óleo sobre lienzo, 61 × 46 cm
© Christie's Images, Londres / Scala, Florencia, 2015
© François Gall, VEGAP, Barcelona, 2015

Conversión a formato digital: María García
Depósito legal: DL B 17395-2015
ISBN: 978-84-16495-09-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Pilar Becerril, por los desayunos.
Para Jaime D. Álvarez, por la composición
y los retales*

LOS DESAYUNOS DEL CAFÉ BORENES

(Un opúsculo)

1

Cuando Angel Ganizo escribía una novela siempre había un momento en que se le iba la olla o, al menos, ésa era la sensación que acababa por apoderarse de él.

–Tengo un poco perdida la cabeza... –solía reconocer, como una confidencia un tanto trémula– y según se desenvuelve la trama, se me pierde la idea. No sé si voy a extraviarme para tirar de nuevo los folios al cesto de los papeles, o la perdición es la justa recompensa de la ficción desencaminada.

La idea tenía mucho que ver para Angel Ganizo, no ya con el fulgor originario que justificaba la ocurrencia y el sentido de la novela que estaba escribiendo, sino también con las convicciones que sustentaban su condición de narrador, probablemente no demasiadas, pero sí bastante estrictas.

Sabía Angel Ganizo que no es lo mismo que una idea se desvanezca mientras la coges por los pelos a que un personaje se te vaya de las manos, lo que también le sucedía, y es que todo personaje que se precie de su condición de tal se va en alguna medida, y algo muy distinto resulta el que tus palabras emborronen tus pensamientos, y éstos de pronto no tengan donde agarrarse o se cuelguen del gancho más cercano, con parecida improvisación a la del funambulista que se retuerce para no perder el equilibrio.

–Se te va la olla... –le decía su primo Cosme, que desde su separación matrimonial venía a comer a casa todos los domingos, y era como una mosca remolona que siempre

incidía en lo que más puede molestar— porque nunca tuviste la cabeza como es debido, en el sitio en el que mejor puede peinarse.

El que un personaje se te vaya de las manos constituye casi siempre, como muy bien sabía Angel Ganizo, un logro notable, relacionado con la riqueza de unas vidas imaginarias que, por su propia complejidad, misterio o extrañeza, se le escapan a quien las ha inventado, suponiendo así una conquista ambigua pero poderosa, ambivalente y oscura, en el ámbito de lo ajeno. A fin de cuentas, es más grave olvidarse de un familiar, no ya dándolo por desaparecido sino por inexistente y, peor aún, si de un familiar de primer grado se trata.

—Cualquiera que no sea Cosme... —pensaba Angel Ganizo—, a quien mejor daría por extinto que por desaparecido. La familia es un asunto oscuro y confuso, no me cabe la menor duda.

Lo cierto es que poco a poco desde hacía ya demasiado tiempo, como un efecto exagerado de esa disipación que motivaba el agujero en la cabeza, más reiterado que nunca, el desánimo contagiaba el extravío de Angel Ganizo y durante muchos días abandonaba la novela y evitaba cualquier comparencia pública. Los personajes no lo consolaban, cuando hasta la trama parecía haberse desentendido de ellos, lo que resultaba descorazonador. Los personajes se quedaban quietos, impávidos, como el que llega a la vuelta de la esquina y se detiene indeciso, aguardando a que alguien le avise para cruzarla.

Angel Ganizo recibía continuas invitaciones para dar conferencias, y lo habitual era que le requiriesen para hablar de su obra, de su concepción del arte narrativo o, como apos-

tillaba el menos mirado de sus tres hijos, del potingue con que embadurnas los papeles o fundes la pantalla del ordenador, donde tantas veces pierdes lo que más te gusta de lo que escribes.

El novelista, nada ajeno a lo que su malévolo hijo le advertía, tenía la pesarosa sensación de echar a veces en sus conferencias el cuarto a espadas del literato que indaga sin reserva en lo que ya huele al sopor de su propia identidad creativa, una suerte de sudor corporal que llegaba a desagradarle. Esa deriva del novelista apesadumbrado de expresarse no ya como un profesor, casi como un profesorcete o un profesorcillo. En la tarima, o en la tribuna, con poco aprecio de sí mismo y más desaliento que otra cosa, sin haber superado el miedo escénico, embutido de *sumiales*, y con la paralela olla perdida que le había sacado de la novela, contribuyendo a incrementar la perplejidad y el desconcierto, sin que fuera el mejor camino para organizarse, que siempre era el mayor aliciente de su voluntad, una suerte de ideal entresoñado que se correspondía muy bien con la herencia de su desorganizada juventud, y no digamos de lo que pudo haber sido una adolescencia alborotada, que prácticamente les costó la vida, al menos en lo que a tranquilidad se refiere, a sus atribulados progenitores.

—Con uno tuvimos suficiente... —certificaba lacónico su padre, muy aficionado a los cuentos de terror, y que tenía en casa al protagonista del peor de los que hubiera leído—. Uno con manos de estrangulador y caninos prominente. Echarnos la mano al cuello fue su mayor ilusión filial, antes de hacerse novelista.

No era sólo su maledicente hijo quien hacía comentarios en esa esfera familiar, donde Angel Ganizo disimulaba mal los desnortamientos, o el averiado humor a la vuelta de sus conferencias.

–Se te ve desorientado... –escuchaba alguna vez, con cariñosa sorna.

–No te habrás ido por los codos... –presumía alguien, aventurando la traición de su excesiva locuacidad, con frecuencia puesta en solfa.

Nadie de su casa había ido jamás a escuchar una de sus conferencias y, sin embargo, se daba por sabido que el exceso verbal era una de sus cualidades. Un exceso público, fácilmente emparentable con el apesadumbrado silencio privado, lógico contraste entre la tribuna y el despacho, entre la deriva y el recogimiento.

El novelista administraba sus precariedades con poco tino, tenía clavada en el alma la indignada desazón de sus progenitores, sabía que su pasado familiar estaba plagado de deudas no rescindidas, y que todo lo que en su esfera sucediese se lo tenía bien merecido.

–La garganta te duele de tanto usarla. Nadie hace mayor desgaste de codos con la lengua. A lo mejor debes seguir recortando algo más que la barba...

Angel Ganizo concentraba lo que podríamos llamar sus malas compañías en el Café Borenes, un establecimiento que alineaba con igual determinación las penumbras horarias, y en el que no se percibía transición meteorológica del discurrir del tiempo. Uno de esos cafés que igual semejan una cueva insondable que un salón desarticulado y en el que, en cualquier caso, la sensación de que la clientela es siempre la misma y viste de igual manera, hace sospechar del maltrecho destino comercial y de la condición de refugio parasitario.

Las malas compañías del Borenes, propias de unos seres que explayaban la necesidad de su amparo y la huida mental, llenaban las mañanas del novelista de un modo vicioso, hasta tal punto que después de su jubilación las echaba de menos como si de un vacío espiritual se tratase, retumban-

do en ese vacío el eco adictivo de las elucubraciones, requerimientos y dislates que, con tanta incidencia, lo vapuleaban o desazonaban.

En el Borenes resonaba el vicio de aquellas voces y en el eco tan difuminado en la penumbra, que luego se vertía insistente en la memoria, Angel Ganizo llegaba a reconocer con cierta mansedumbre lo que la mala compañía suscita en la convivencia: la necesidad de juntarse con otros extraviados que rompen con facilidad el tono habitual de las buenas costumbres.

En realidad, siempre pensó que en la experiencia de la vida, en el aprendizaje de la misma, tenía más débitos con los malos que con los buenos amigos, con aquellos que siempre le llevaron donde no debía ir.

El novelista trabajó buena parte de su vida profesional en Seguros Lontananza, donde durante algunos años vendió pólizas, para más tarde acceder a un cargo ejecutivo en la Dirección de la Aseguradora.

Nunca hizo el intento de profesionalizarse como escritor, aunque hubo momentos en que pudiera habérselo propuesto, pero la decisión suponía una fortaleza de ánimo que no poseía.

La literatura sostenía todas sus convicciones, pero también destilaba cierta indolencia radical, como si para él escribir fuese una pasión que convenía administrar, sin que la obsesión de la escritura marcara la única ruta de su existencia. Los seguros, como materia profesional, denotaban un curioso asidero para alguien que tenía la inseguridad como herramienta vital, como armamento de su voluntad.

En Lontananza encontró un refugio de subsistencia y aliento laboral. La jornada no era demasiado exigente, ex-

ceptuando las campañas o el barrido de morosos. La rutina tenía el aliciente de la existencia reglamentada. La reserva y la aventura estaban en la escritura, y también se prevalecía el novelista de la aureola de serlo, lo que causaba respeto y admiración entre sus no menos inseguros compañeros laborales. Por otra parte, el Café Borenes estaba en la media distancia que le permitía alejarse un poco de otros cafés profesionales e ineludibles, sobre todo de los clientes, y encontrarse con los cofrades de la divagación.

Los ecos de tantas mañanas seguían teniendo la resonancia de una auténtica conflagración, ya que en las conversaciones y diatribas ninguno de los desayunadores se andaba por las ramas.

En los desayunos del Café Borenes los cofrades se exhibían con una libertad matutina sorprendente. Entraban en materia con pocas precauciones y hasta cierta alegría, sin más consideración que la que concede una amistad laboral y un paisaje donde se habla sin contención ni contemplaciones, con el ánimo espontáneo que conlleva la coartada de las opiniones, siempre menos fatuas que exageradas.

La literatura y el café con leche, en esas horas perentorias, hacen una mezcla explosiva. Las lenguas se desatan con extrema facilidad y sin el menor complejo cuando hay un pájaro desabrigado a tiro.

Al pie de la barra era cuando Angel Ganizo tenía menos ganas de mover las alas para salir volando y, en ocasiones, la olla remediaba su huida y la novela que estaba escribiendo volvía a fluir entre los personajes recuperados que, al fin, volvían a cruzar la esquina.

2

Se le iba la olla, volvía a encontrarla. Una idea que se difuminó, el familiar del que se había perdido la pista, casi siempre un tío de la rama materna que, cuando regresaba lo hacía con la cabeza gacha y la calva abultada, esa idea a cuya desaparición debía resignarse, de igual modo que lo hacía cuando, como su hijo mediano ratificaba malévolo, se le había fundido en la pantalla del ordenador lo que más le gustaba de lo que había escrito.

En el Borenes encontraba consuelo para esas contingencias que tanto le desazonaban y que no le gustaba contar a nadie. Desayunando no podía soslayar la delectación, con frecuencia maliciosa, con que escuchaba a los concurrentes, ya que entre las opiniones y los dictérios, entre la desatada libertad de quienes algunos días se comportaban como auténticos cosacos, podía relamerse ajustando alguna íntima satisfacción, complacido en lo que escuchaba y jamás confesaría.

También era frecuente, y no ajeno a las zozobras de alguna decisión que debía tomar en la escritura de la novela, que un doloroso punto lumbálgico aguijonease su espalda. Y solía sucederle que algunos casuales padecimientos físicos que aquejaban a sus personajes tuvieran una incierta transferencia, que Angel Ganizo asumía como una responsabilidad moral de su condición de narrador, sin que jamás se le ocurriera incrementar el gasto farmacéutico doméstico.

Esas inciertas transferencias las sobrellevaba sin más alivio que la confianza en el resultado curativo de la narración.

La circunstancia de su naturaleza enfermiza pertenecía, en buena medida, también a la ficción. Le gustaba la figuración y el destino del enfermo imaginario, proclamar las dolencias como atributos de una fragilidad necesitada de atención y ayuda. La familia estaba hasta el gorro de aquella rutina que reconducía la enfermedad al aspaviento y que con frecuencia quedaba desenmascarada ante la propuesta de un remedio tajante.

–Habrá que rajarte –decía el hijo que mejor movía los dedos, simulando unas tijeras que apuntaban al bajo vientre.

–El abuelo tiene una pupa en la barriga –indicaba el nieto, que observaba al abuelo como a un bicho medroso que asomaba bajo las sábanas la cabeza en la cueva.

–Soy un ser desahuciado –recalcaba entonces el novelista, con la voz desvaída del personaje que cayó en desgracia–. Estoy delicado, estoy en las últimas, lo que me duele es el duodeno y el desarraigo, hijos y nietos sin solución de continuidad...

Había comenzado a soñar más de la cuenta desde que cumplió los sesenta años, y muchos de sus sueños albergaban los fantasmas de la edad, que su padre le había predicho.

En el más reincidente de todos se examinaba una vez más de Derecho Civil con el catedrático Federico de Castro y Bravo y, con terrible angustia, reconocía el vacío impoluto de la memoria, mientras el catedrático le miraba tan indignado como amenazador y golpeaba la mesa prometiéndole el Baldón de la Jurispericia, al tiempo que la mano temblo-